José Ramón Saiz Viadero. *Galdós en San Quintín. La frustrada Casa Museo santanderina y otros escritos*. Santander. Ediciones Tantín, 2020.

Con motivo de celebrarse en 1920 el centenario de la muerte de Galdós –fallecido en Madrid el 4 de enero de 1920 a los 77 años de edad- se han venido celebrando diversos actos de homenaje en Santander, la ciudad que tanto amó el autor de los *Episodios Nacionales* y donde residió la mayor parte de los veranos en su madurez. Entre las conmemoraciones destaca este libro a cargo de un reputado especialista tanto en la obra del escritor canario como en la moderna historia de la capital montañesa, pues –como se recoge al final del volumen- pasan de tres decenas las publicaciones de Saiz Viadero acerca de Galdós. El libro se plantea también como un recuerdo para Benito Madariaga, el erudito santanderino -recientemente desaparecido- que inauguró los estudios galdosiano-santanderinos al publicar su recordado *Galdós. Una biografía santanderina* en 1978.

El lector de *Galdós en San Quintín* encontrará a lo largo de sus dos centenares de páginas un recorrido variado y miscelánico por muchos aspectos de la personalidad, vida y obra del autor. Llama la atención al comienzo la cita del político Antonio Maura, en la que se le define como "seco, glacial, reservadísimo…", personaje casi siempre callado y más dado a escuchar que a hacer uso de la palabra; algo sorprendente en quien está considerado como uno de los mejores dialoguistas de la narrativa española. Ya en el cuerpo del libro, Saiz Viadero recupera y actualiza buena parte de sus artículos de prensa o libros a Galdós consagrados para llevar a cabo el recorrido caleidoscópico antes mencionado.

Así la primera parte se ocupa de cómo trascurre el proceso de atracción que sufre Galdós con respecto a la capital montañesa, ya desde su llegada en el verano de 1871, hasta la temporada estival de 1917 -tan solo tres años antes de su muerte- cuando tiene lugar la última presencia del escritor en Santander. Desde 1893 sus dilatados veraneos se fijan en la Finca San Quintín, edificio que sería pionero en la expansión urbana de la capital, toda vez que cuando se inició su construcción aquel lugar estaba apartado del centro, dado que no existía edificación alguna en La Magdalena y la actual avenida de la Reina Victoria no pasaba de ser un desmonte sobre la bahía.

El punto a mi juicio más interesante del libro se alcanza tras la muerte del narrador canario, al detallarse los avatares del inmueble, que había sido otorgado en herencia a su única hija reconocida: María Pérez-Galdós Covián, casada y en trance de formar su propia familia. Tras pasar casi una década veraneando allí, los gastos se volvían cada vez más onerosos, por lo que se iba apuntando entre sectores de la intelectualidad santanderina la posibilidad de establecer en el chalet una casa-museo del autor financiada por las instituciones. Hubo incluso cifras concretas:

La finca de San Quintín se valoraba entonces en 125.000 pts., los derechos de autor de un centenar de novelas y obras teatrales quedaron tasados con una cifra estimativa de 65.000 pts., las deudas reconocidas en el testamento se fijaban en 34.325 pts., a las cuales era preciso sumar el hecho de que don Benito no olvidó en sus últimos años a Francisco Menéndez García ("Paco", quien además de criado y lazarillo tal vez fuera hijo suyo), al que dejaba un legado de 5.000 pesetas. (p.31)

Como se ve, el legado era ruinoso; la campaña para establecer la casa museo tuvo su punto culminante en un artículo del poeta y director de *La Atalaya* José del Río Sainz aquí reproducido; así el 22 de julio de 1936 estaba prevista la visita de Manuel Azaña a Santander para tomar posesión del inmueble en nombre del Estado; sin embargo el torbellino de la guerra civil se llevó por delante el proyecto, por lo que la hija hubo de vender San Quintín a un particular en los años cuarenta, así como biblioteca, enseres y mobiliario a la Casa-Museo de Galdós que se constituyó en su ciudad natal de Las Palmas de Gran Canaria. En breve los nuevos propietarios cambiaron por completo la estructura de finca y edificio, llegando incluso a eliminar los árboles que el escritor plantó y bautizara con el nombre de las novelas allí concebidas. Evidente rigor documental ofrecen las secciones dedicadas a fijar cronológicamente las estancias del escritor en Santander y la nómina de visitantes de San Quintín en vida y a la muerte del propietario. Entre estas últimas llama la atención la del dictador Primo de Rivera el 3 de septiembre de 1929, quien salió de allí con la promesa de adquirirla por parte del Gobierno.

La segunda mitad del volumen confirma esa cualidad de silva galdosiana a la que se alude más arriba. Se inicia con una aproximación a la fecunda vida amorosa de Galdós, con episodios bien conocidos como su relación con Emilia Pardo Bazán, si bien aquí Saiz Viadero se centra en tres casos concretos: la bilbaína Juana Lund, los encuentros con la actriz María Guerrero y la relevancia final de Teodosia Gandarias, a la

que el escritor dejó una pensión vitalicia en su testamento, ignorando que ella había fallecido ya poco antes que él mismo. Prosigue la miscelánea con la historia de la enemistad entre Galdós y el atrabiliario periodista Luis Bonafoux, residente por temporadas en Reinosa; sus frustradas experiencias americanas, dado que -al igual que Cervantes- nunca llegó a cruzar el Atlántico, pese a haber manifestado su deseo de conocer Cuba en varias ocasiones; y la recuperación de un texto sobre el centenario del ingreso de Galdós y Pereda en la Academia Española.

Finalmente el protagonismo santanderino se recupera en la parte final al detallarse la abundante presencia galdosiana en el callejero de la capital, no solo a través del paseo que lleva su nombre, sino en espacios con el nombre de Plaza 2 de mayo, Zaragoza, Gerona, procedentes de los Episodios Nacionales y desde 1995 *"…Tristana, porque está inspirada en el personaje de Concha Morell, amante de Galdós que vivió sus últimos momentos en el histórico lugar de Monte; Nazarín fue escrita en Santander y, sobre todo, Marianela, en la que se recrean tipos y lugares regionales"* (p.162). Aparece también, el artículo publicado en la prensa local con motivo de la inauguración de la estatua del autor sufragada por Eulalio Ferrer y erigida en unos jardines del Sardinero el 22 de julio de 1998.

Dos secciones resultan especialmente útiles en la parte final: la hemerografía galdosiana seleccionada de la prensa santanderina y nacional, así como la relación de Galdós con el cine, elaborada esta a partir de un trabajo de Benito Madariaga publicado en 1992. Se recogen allí la treintena larga de películas inspiradas en sus obras, entre las que destacan siete versiones de *El abuelo*, seis de *Marianela* y tres de *Doña Perfecta*; si bien los hitos fundamentales por su calidad radican en *Tristana*, de Luis Buñuel y la serie televisiva de *Fortunata y Jacinta*, dirigida por Mario Camus. Se cierra *Galdós en San Quintín* con una breve galería fotográfica del lugar y sus visitantes, de la cual cabe destacar su primer original, porque muestra lo que llegaría a ser la avenida de Reina Victoria desde la península de La Magdalena, cuando todavía ni siquiera se había empezado a construir el galdosiano chalet.

Con ello acaba un libro de amena lectura, ajeno a pretensiones académicas, pero en el que se echa en falta –aun sabiendo que ello no depende del autor y sí de los permisos de los propietarios posteriores- mayor información sobre San Quintín tras su venta por parte de la familia, modificaciones, proyectos de obra, situación actual y perspectivas de futuro; así como sucinta historia y relación de tantos

objetos que pasaron de Santander a Las Palmas y que hubieran cimentado la existencia aquí del soñado museo galdosiano.

JOSÉ MANUEL CABRALES ARTEAGA
UNED CANTABRIA